

golpearla; me puse en posición de bateo y le volví a gritar. Acto inútil de valentía, porque su respuesta fue igual a la que había visto por televisión segundos antes de atacar a su presa. Desesperado, corrí a mi habitación. Cerré la puerta con llave. Desee dormir y que todo desapareciera al despertar. Antes de acostarme, recé arrodillado ante la cama, como solía hacerlo de niño, y rogué a Dios para

En frente a mi casa construyeron un edificio. Primero fue el desplome de cuatro paredes entre las que antes vivían unos niños con los que nunca jugué porque tenían pifios. Los muros

EL EDIFICIO

el ejército luchaba de manera feroz en los frentes que rodeaban al país. Sin embargo, el enemigo más peligroso estaba en nuestras ciudades, donde las marchas militares eran despedidas con pañuelos y flores de colores.

Según el informe del Ministerio de Salud y Guerra, leído por la profesora de biología, las moscas infestaban los alimentos con enfermedades propias del

enemigo. Más que una prueba de valor, eliminarlas era una necesidad primordial. Fue un tiempo en el que los niños corríamos de un lado a otro con matamoscas eléctricos en nuestras manos, zarandeándolos siempre en el aire como si jugáramos tenis contra Dios.

Primero se oía el ruido de sus alas a mil aleteos por segundo, luego el chasquido eléctrico y la mosca cayendo al suelo con la

cayeron bajo un incansante ruido de martillos que se repitió, con cada golpe, en las cabezas de quienes habitábamos el barrio. Cuando el ruido de los martillos cesó, surgió en su lugar el de las mezcladoras de cemento, que caía sobre ladrillos y hierro. Así, el edificio se fue alzando sobre sí mismo. Yo era feliz viendo cómo esos hombreritos de casco amarillo sobrevivían al sol

mi hogar como fuera, y lo primero que se me ocurrió fue hacer ruido, mucho ruido. Le grité todos los insultos que conocía, y golpeé el piso y las paredes como si fuera a destruir el apartamento entero, pero esto solo produjo que ella inclinará su rostro hacia mí, de manera que parecía preguntarse algo que yo no sabía responder. Esto me molestó tanto que busqué un bate de baseball y amenacé con

Miguel Castillo
(1985)

UN HOMBRE QUE SE EXTINGUE

Se alejó con paso firme, aunque deseando en realidad que ella lo detuviera antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, esa esperanza se esfumó, porque ella lo dejó ir. Fue ahí cuando

Ver encontré una mantis en el apartamento. Era verde y enorme, más grande que yo. Tengo que admitirlo: temía que ese insecto gigante decidiera atacarme y, como en los programas de Discovery Channel, terminara yo siendo su cena. Debía sacarla de

LA MANTIS

él empezó a encogerse. Con cada paso que daba, se hacía más y más pequeño. Parecía la sombra de un hombre que se extingue a la distancia. Un hombre lleno de miedo, porque camina sin saber siquiera a dónde ir.

Hoy, las primeras luces del edificio se encendieron. Horas antes, vi un camión de mudanzas aparcar frente a la puerta principal, y al poco tiempo dos mujeres se asomaron desde una de las ventanas del penthouse. Estoy seguro de que veían el atardecer, e ignoraban que

alguien las espiaba en ese mismo instante. Espero que la totalidad de las luces del edificio se enciendan pronto, y ruego, sobre todas las cosas, que las muchachas de ese último piso no tengan piojos para poder jugar con ellas.

televisado, pronunció mi nombre como ejemplo para las tropas que luchaban en algún lugar distante de mi montaña de enemigos muertos.

misma apariencia de una piedra en el agua. El Gobierno prometió una Medalla al Mérito a quien matara la mayor cantidad de enemigos. Para demostrar que era capaz, yo recogí cada mosca que liquidé con mis raquetazos. Así fue que me convertí en el asesino más grande del mundo. Los periódicos publicaron mi foto rodeado por los cadáveres de millones de moscas; y el presidente, en discurso

que cumpliera mi deseo de que la mantis desapareciera. Ya acostado, cerré los ojos con fuerza e intenté conciliar el sueño. No lo conseguí; un ruido cercano y creciente, semejante al crujido de las hojas de los árboles al ser pisadas, retumbó en la habitación.

EL ASESINO MÁS GRANDE DEL MUNDO

Cuando se declaró la guerra a las moscas, fui el primero de mi clase en ponerse de pie y jurar, después de cantar el himno patrio, el pronto fin del enemigo. En esos días